

Últimos días de Máximo Gómez

Por CLEMENCIA GOMEZ TORO

Habana Septiembre 20, 1905.

Sr. Leopoldo Domenéch.

Monte Cristi.

Mi Amigo y Compadre más distinguido
y consecuente:

Dichosos los seres que como yo, en medio de la gran catástrofe de mi pobre alma, el cielo misericordioso les hace visible la existencia del Todo Poderoso dejándoles a su lado *dos almas superiores*; la de mi madre y la tuya.

Bendito sea Dios en las alturas! . . . Y El a tí Leo, te bendigo y premie! . . .

Tus cartas, después de la muerte de mi Papá (tres) en mi poder, y el perfume de cariño y consuelo que amanan, allá en lo más sagrado de mi corazón, junto al recuerdo de mi corazón, junto al recuerdo de mi Padre amado. Gracias con el alma, gracias. Dios me ha hecho ver y sentir, que cuando sinceramente prodigamos un *afecto grande y puro*, somos premiados; qué mas premio ni que más anhelo para mí que cerciorarme que tu alma junto a la mía estuvo de rodillas (si la frase es admitida) junto a la losa fria que cubre esos restos tan amados? . . .

Quiero escribirte *largo* para decirte muchas, muchas cosas, y vamos a dividir esta carta en partes para que así mismo me contestes sobre cada punto. Empezaré por la enfermedad de mi idolatrado Papá.

El 25 de Abril a las diez de la noche tomamos aquí el tren expreso para Sgo. de Cuba, Papá, Mamá, Margarita y yo, paseo que papá quería hacer con nosotras por Santiago y que mucho tiempo en proyecto siempre había tenido un inconveniente. Llegamos a casa de Máximo (Sgo.) el 26 a las 10 p. m. habiendo sido esperado Papá en todos los paraderos (Pueblos) con verdadero entusiasmo por el pueblo cubano y especialmente en Sgo. de Cuba; bandas de música, corporaciones y todo lo más selecto estaba allí. Nos-

otras con Máximo nos fuimos a su casa y no hubo modo de que Papá pudiera llegar a nosotros hasta las 12 de la noche, pues siguió con sus aliados los del Partido liberal, en manifestación compacta hasta llegar a casa su candidato único el Gral. Emilio Núñez, cuyo candidato Papá aún no había hecho público apesar de que ya era demasiado conocido su modo de pensar. Días de contento pasamos con familia y amigos. Papá hizo dos escursiones, una al vecino pueblo de "La Ciénaga" y otro a "La Maya" (el último) viaje este último que hizo saliendo de casa al amanecer (con amigos) y volviendo cargado de flores el mismo día 1o. de mayo (mi cumpleaños) a las seis de la tarde, nos contó todos sus triunfos por el partido liberal; nos dijo del gran banquete al aire libre, la profusión de vivas y de flores, éstas últimas nos las entregó.

Llegó la hora de cenar y no quiso hacerlo dijo se sentía estropeado y mal, que se iba a acostar; nosotras cenamos y él dormía. Llegó la hora de acostarnos y Papá dormía, no quisimos molestarlo, pero a esto de las 12 de la noche, mamá alarmada por aquel largo sueño, le tocó la frente y conoció que tenía fiebre, le puso el termómetro y lo comprobó. Muy temprano nos llamó para decirnoslo, nos levantamos y fuimos a su lado. Papá dijo que le llamaran al Dr. Henriquez y Carvajal. Vino este buen médico y recetó, diagnosticando una fiebre de cansancio, y el pequeño dolor de la mano dijo era necesario observar para saber bien, pero que podía ser tanta presión que había recibido al estrechar tanta mano como se había llegado a él el día anterior. Recetó para la mano (derecha) compresas de agua boricada caliente. Estuvo combatiendo la fiebre que fluctuaba de 37 y medio a 38 grados. Sinembargo la inflamación de la mano sin haber el más mínimo granito, hizo que el médico se decidiera a hacer la incisión estando el Dr. Dellundé y el Dr. Grillo. La fiebre cedió un día; en la inflamación no había pús, pasaron las 24 horas debidas para la primera cura, y al tercer día que tocaba hacerla Papá dijo: "Doctor mire si no hay tanta nece-



sidad de hacer esa cura hoy pues me siento cansado”; contestó el Dr.: veremos a ver Gral.; levantó la bende, y la herida muy bien, dijo: bueno, la dejaremos a mañana”; la tardecita estaba lluviosa y Papá en estado catarral estaba sentado junto a la puerta del cuarto que daba al patio. El médico le indicó que se recojiera enseguida, pues sentía escalofríos, que volvería a verlo tan pronto cenara.

Volvió y Papá tenía el asma que era crónica en él y fiebre; allí volvió la receta, y pasó con nosotros hasta tarde de la noche; ya el médico me había dicho tenía una gripe que sería peligrosísimo; la mano si con menos inflamación siempre mal. Debo advertir que Henriquez, previéndolo todo le había puesto inyecciones de suero (no recuerdo el término técnico) antiinfecciosa, para evitar si había infección que se generalizara. Ya Papá seguía mal, se llamaron los muchachos por telegrama, Urbano y Bernardo; se quedó tía Chucha en la casa con amigas y amigos, llegaron los muchachos a Sgo. de Cuba, si no me equivoco, el 17 de Marzo a las diez de la noche; ya el Dr. Henriquez había dominado un tanto la gravedad que hubo desde el 13 en la noche; acompañaba a mis hermanos el Dr. Pereda, médico cirujano que el Dr. O’farris entonces alcalde de la Habana y miembro del Partido liberal presentó a los muchachos o mejor dicho a Urbano para que en nombre del Partido asistiera a Papá si era de su agrado. Urbano lo aceptó, mientras tanto el Dr. Henriquez y Dellundé Doctor, eran los que asistían al enfermo, como también habían dado su opinión médica los que fueron como cubanos sin ser llamados (motivo mayor de agradecimiento) Doctores Cósmas y Manduley; ya antes había tenido consulta Henriquez con el Dr. Guimerá, todos de opinión como Henriquez, una gripe afectaba los pulmones. Llegaron los muchachos y el médico de la Habana— a papá, para no alarmarlo se le hizo creer que ellos sabiendo su enfermedad, pues los teníamos al corriente por telégrafo, habían dispuesto su viaje. A las 11 de la noche, puesto al corriente el Dr. Pereda por el Dr. Henríquez, médico de cabecera, del principio y estado del enfermo, procedió a un minucioso exámen. Al día siguiente a las 9 a. m. se procedió a consultar, con todos los médicos antes en mención. La opinión de Pereda fué ampliar más la incisión, pero su diagnóstico —una infección que minaba el organismo del enfermo — operación doiorosísima, que sufrió mi pobre Papá a las dos de la tarde de ése mismo día, se encontró algo de pús, nó cantidad como dijo la prensa y afirman muchos o algunos, yo estaba allí y toda la familia mientras se operaba á Papá; jamás lo dejamos un momento solo— Vinieron disturbios entre Pereda y demás médicos principalmente con Henriquez, pues Pereda con la

ambición de, gloria científica sólo para él nó quería ejercer allí su profesión á menos que nó fuera como médico de cabecera. En la consulta estuvo poco cortéz con sus compañeros, principalmente con el Dr. Grillo. Hizo el Dr. Pereda indicaciones fortuitas para traer al enfermo, en el tren expreso que teníamos a nuestra disposición, para la Habana. Todos estaban de acuerdo ménos yó y mis tios políticos y los médicos de allí. Papá dije, está sumamente grave y se nos puede quedar en el camino. “Nunca falta para el Gral Gómez una casa en esos Pueblecitos donde quedarnos” pues para éso contesté, nos quedamos aquí con la familia y nó lo mortificamos; de la Habana se puede traer la medicina que aquí nó se encuentre—. Papá tampoco quería salir para la Habana en aquel estado. Urbano dijo: “bien haremos un consejo de familia y resolveremos así”. Triunfamos yó y mis Tios y dejamos a Papá allí; obrar de otro modo hubiera sido exponerle demasiado sin esa necesidad fortuita— á más, en el Consejo de familia todos estuvimos de acuerdo en mandar ó telegrafiar a la Habana para que fuera el médico de Papá Dr. Yacobsen; y Urbano dijo: entonces nos atendremos a la opinión de su médico, si él opina dejarlo lo dejaremos si llevarlo enseguida; en marcha! es decir Yacobsen decidirá el asunto: Así sí le contesté. Lo esperaremos listos para marchar, añadí, si Yacobsen lo cree necesario. “Pues voy a telegrafiarle enseguida dijo Urbano. Y se disolvió aquella reunión de expectros, mas bien que de vivos, por el dolor que nos aguijoneaba. El Doctor Henríquez estaba en corredor contiguo al cuarto de Papá. Me acerqué y le dije: Doctor hemos determinado llamar al Dr. Yacobsen para que así él decida de una vez el viaje de Papá, y tome también parte en la asistencia médica. Muy bien dispuesto, Yacobsen es ó ha sido el médico del Gral. y se hace necesaria su presencia, me contestó Henríquez, ahora voy a telegrafiar a Manuel Silveira (este Sr. íntimo amigo de Papá, Urbano lo tenía al corriente de todo y el Dr. Henriquez á su vez por encargo del mismo Señor) el estado del Gral. y como él me encarga le diga si creo que deba venir Yacobsen, y Uds. telegrafían por él, le diré mi opinión que es la misma de Uds. —Bueno Doctor— Llegó Urbano y le preguntamos— mandastes por Yacobsen? Nó, el Dr. Pereda me ha dicho que lo cree innecesario, que él es bastante para sistir a Papá—. . . No sé como me quedé en aquel momento, pues mi gran fé estaba en el Dr. Yacobsen, médico que conocía más que ninguno el temperamento de papá, pues había sido siempre su médico de dos años a ésta parte dos o tres veces, pues Papá, nunca enfermaba, su padecimiento único era el asma, que casi era su estado normal de todas las noches después de comer — dos horas) ó á la media noche un tiem-



po igual, para lo que nunca llamó médico, y sí, tenía recetas de algunos, que calmaban aquella afección. Una de las últimas recetas que usó la del Dr. Henriquez, pues Papá tuvo fé en su receta para esta enfermedad, si nos fijamos en esta manifestación que hizo al mismo, *en presencia mía* —“Dr. yo le consulto a Ud. sobre mi asma porque creo que Ud. mejor que muchos puede tener alguna buena receta por lo mucho que Ud. pasó con Salome (Salomé Urena, la esposa del Doctor) y como trataría usted de aliviarla en su asma! . . . Estas frases o sinonimas fueron o son las que comprueban que Papá creyó que Henriquez antes que otros médicos podía recetarle mejor, para el alivio de su asma. No era mi intención relatar aquí las desavenencias entre médicos, pero, aunque nó en detalles, me he ido extendiendo demasiado. Hagamos pues un paréntesis aquí, pues dejé sin explicar de la manera que el Dr. Pereda tomó la cabecera del enfermo, lugar que el quería para obrar libremente, según sus frases textuales hablando con mis hermanos, y que oí yo. Ante ésa manifestación de Pereda, y como ya Urbano lo había aceptado como médico que enviaba el Partido político de Papá, Urbano, Mamá y Máximo, de acuerdo con los tres (á mí nada me dijeron) dieron el puesto primero a dicho médico cirujano (y en la tarde del día que Pereda amplió la incisión, llamaron a Henriquez al salón. Yo que ví aquello, aunque á mí nada se me dijo, me dejé ir, y me senté allí donde yo creía era mi puesto también en asunto de familia que debió como á hija y hermana mayor de enterarseme. —Urbano, Mamá y Máximo, manifestaron al Dr. Henriquez, que nabian resuelto nombrar a Pereda médico de cabecera de Papá, pero que él quedaría también de médico. “Es decir— según entiendo, en segundo lugar. Enriquez volvió y dijo: “éso han dispuesto ustedes! . . . y el Dr. Pereda lo acepta? . . . Sí, contestó uno, ésa és la disposición de la familia. Entonces yó que creí aquello injusto más que en el fondo, en la forma, según mi criterio, poco decente— me volví al Dr. y le dije: conste Dr. Henriquez que para nada he tomado parte en éste asunto, en ésta determinación de mi familia— a mí nada se me ha dicho, y por lo mismo quiero que Ud. sepa que protesto de éste acto, á mi modo de pensar poco correcto y poco justiciero.— “Yo nó puedo aceptar lo que Uds. disponen” — contestó el Dr. Henriquez, yó he sido llamado por el Gral. Gómez, y además mi situación científica no me permite aceptar lo que Uds. me proponen.”

Aquella reunión se disolvió sin haber quedado nada de acuerdo. Ya por la noche entre el amigo Dr. La Torre y yó tratábamos de, hablando con el Dr. Henriquez aunar voluntades para que él y el Dr. Pereda quedaran á la cabecera de Papá, que había teni-

do despues de la segunda operación por Pereda, una pequeña mejoría. Henriquez ultimamente nos contestó —Yó soy amigo verdadero del General, y jamás lo abandonaré, sería necesario que se me despa-chase por la familia. Pero entre nosotros los médicos, existen ciertas consideraciones profesionales que no podemos dejar de llenar ó de exigir; nó sé cómo siendo yó médico de cabecera, el Dr. Pereda ha aceptado ese lugar sin estar de acuerdo conmigo. Ahora yó esperaré á que él hable, yo mientras tanto, no dejo mi puesto y sigo en él. Además esa humillación que se me hace de dejarme a mí, el médico de cabecera en el segundo lugar yo no puedo aceptarla, nó sabría hacer valer mis derechos profesionales, y Uds. mismos (dirigiéndose á mí) no sería digno! . . .

Me retiré con aquella última respuesta, muy razonable con el alma más sombría, para el cuarto de Papá que estaba inquieto y grave. El Dr. Latorres se unió al Dr. Pereda; despues todos, y el Dr. Henriquez y mis hermanos estuvieron hablando. Después de un largo rato, como a las diez de la noche entraron Henriquez y Pereda al cuarto del enfermo, parecía que estaban ya unidos; o mejor dicho, de acuerdo en quedarse ambos. El Dr. Henriquez después de ver cariñosamente a Papá— dijo —bien, entonces hasta mañana —“hasta mañana respondimos, y el Dr. Pereda adelantándose dijo, —bueno Dr., hasta mañana eh! . . . Ya sabe, esta noche velo yó, —mañana usted.— Sí, dijo el Dr. Henriquez. Y al despedirlo yó en la puerta me dijo. Todo se ha arreglado, y nos hemos puesto de acuerdo; esta noche se queda Pereda, y mañana en la noche me toca a mí y él descansa; de día, los dos; ya es otra cosa, los dos quedamos con los mismos derechos, se le ha dado esa forma y yo la he aceptado por el General, amigo que quiero y no puedo abandonar— Gracias Dr. le contesté. Adiós! . . .

Cuanta angustia en esas noches horribles de la gravedad de Papá! . . . Aquellos descensos de temperatura que ya parecía que se nos iba, y después de reaccionarlo a fuerza de vida artificial inyecciones que traspasaba aquella epidermis sensible aun, y tan dolorosas que le hacían exclamar: “Tanto sufrir para nada!” . . . “De ésta nó escapo yó. . .” Aun resuena en mis oídos y atraviesa mi corazón aquellos ¡Ay mi hija! . . . que a veces me miraba y exalaba del alma con alguna lágrima que nublaba su pupila de mirada tan tierna, que presentía que ya iba a dejarme sola, todavía en mi juventud, cuando mas falta me hace, cuando más necesidad tengo de su mirada por que su amor lo siento que desde lo alto de la inmortalidad me besa y bendice! . . . Sí, en mi album de niña su pensamiento en la primera página me dice: “Si yo muero, no llores pues nos entenderemos desde el Cie-



lo; para las almas que se comprenden, no hay espacio ni tiempo, ellas viven eternamente en el infinito; mira a lo alto y sentirás la presencia de Dios y la mía junto a tu corazón y nó habrá ni tristeza en tu alma ni lágrimas en tus ojos”.

Desde entonces nó olvido ese párrafo de su pensamiento; lo sabe de memoria el corazón y lo repite el alma! . . . y es hoy mi consuelo. . .

Pero sigamos la narración de los principales acontecimientos de aquellos días de su gravedad, que he querido copiar de mi memoria para el amigo ausente y querido. El otro día del entendido entre los médicos Henriquez y Pereda (día 18 de Mayo si mi memoria no me es infiel, entre los apuntes de mi diario no aparece la fecha) y aquel día se recibió aviso del amigo Silveira que yá el Dr. Yacobsen había salido para el lugar de nuestra residencia. Como será esto dijeron Urbano y La Torre, cuando yó, dijo el primero, después de decirle que embarcara Yacobsen, di contraorden para que no saliera, en otro telegrama? Además, ya sabían tambien que el Dr. Henriquez había puesto telegrama a Silveira diciendo “El General grave, conviene venga Yacobsen” y aparecía en telegrama, otro telegrama de Urbano, sin firma, donde después del de contra orden, decía: “Venga Yacobsen. Porspuesto, ésto levantó una polvareda en contra del Dr. Henriquez, el Dr. Pereda protestó alegando que Henriquez había telegrafiado a Silveira que viniera Yacobsen sin conocimiento suyo como compañero, y nó comprendiendo como pudiera ser lo del telegrama con la firma de Urbano mandando por el médico sin permiso ni acuerdo de la familia, hubo quien dijera “Ese ha sido Henriquez”, usando epítetos insultantes. Llega Henriquez y Urbano le explica lo que hay en su contra, sobre el telegrama que pusiera á Silveira, nó niega este haberlo puesto, y muestra la copia que tenía en los bolsillos. Era la misma de su telegrama “conviene venga Yacobsen” —dice Henriquez— lo puse cuando Uds. pusieron el suyo —“Venga Yacobsen” y como estoy por horas al habla con Silveira por telégrafo, que así me lo encarga, lo hice así sabiendo la disposición tomada por Uds. en consejo de familia, y nó enterado de su segunda disposición. Naturalmente que Henriquez comprendió que se dudaba de su corrección y se le creía capaz de haber tomado la firma de Urbano para el segundo telegrama antes mencionado. Aquel hombre que había demostrado exquisita ternura en su asistencia a Papá debía ser la víctima de los acontecimientos; y así mismo lo presintió el enfermo amado, exclamando en su lecho de muerte, en esos mismos días. ¡Dios lo ha querido así!... de ésta no me levanto! y el pobre Carvajal (así llamaba por su segundo apellido a Henriquez) será el burro de carga!

Esa misma noche a las diez, por el tren, debía llegar el Dr. Yacobsen; según lo convenido Henriquez le tocaba velar aquella noche y desde las ocho estaba en su puesto, a Pereda le tocaba recibir a Yacobsen. Urbano, Máximo y La Torre marcharon al hotel a unirse á Pereda, para ir al paradero á recibir a Yacobsen, éste alegaba que nó quería aparecer con Henriquez ante Yacobsen porque le había faltado a las consideraciones debidas mandandolo á buscar sin su auniensia. Por fin lo convencieron, y pudieron lograr que este médico fuera a recibir a Yacobsen y tener una consulta con él, prometiendo Urbano y Máximo que no estaría presente Henriquez. Eran las once de la noche, y aún no habían llegado á casa estaban en el hotel, tratando de arreglar la manera de hacer las cosas del mejor modo para ellos. A ésa hora Papá se pone malísimo, con accesos de tos asmática, Henriquez escribía en el comedor, digo a la enfermera: voy a llamar a Henriquez, quizás recete un calmante para esa tos. Nó, contestó la enfermera, yo no puedo obedecer su receta, el Dr. Pereda me ha dicho que nó lo haga, que llame unicamente al Dr. La Torre. Mamá y todos como siempre rodeabamos el lecho. Un mármol frío calló sobre mi alma con aquella respuesta, y la enfermera fué al salón en busca de La Torre á quién nó encontró —entonces yo dije ¡Ah nó! . . . habiendo un médico, por tonterías de otro, no vá a sufrir Papá, y corrí a llamar á Henriquez qué yá entrada en el cuarto. Al entrar le dije lo que había hecho Pereda, hizo caso omiso y fué a ver a su enfermo, estuvo allí a su lado y le recetó, no se tomó en cuenta su receta, mientras Papá seguía mal y agitado, y Mamá y yó a su lado sufríamos con él, y Pereda, Urbano, Máximo, La Torre y Yacobsen aún no aparecían.

A la doce aparecieron Urbano y Máximo, llamaron a Henriquez y le dijeron que venían Pereda y Yacobsen a tener una consulta y que Pereda nó quería tenerla en su presencia. Aquel hombre con el sello de víctima contestó —“Eso quiere decir que Uds. me retiran”. Sí contestó Máximo. Y aquel hombre bueno y científico, después de decir a mis hermanos que así no se obraba con un médico, y que Bernardo que estudiaba medicina lo comprendería a su tiempo, y otras cosas correctas pero verdades, se levantó. Yó hablé y dije ¡Ay Dr. que injusticias! . . . usted sabe como este acto tiene mi protesta con el alma. Lo sé me dijo. Ud. si sabe de esto, y me estrechó la mano casi sollozante de pesar. Tío Manuel Calás, también lo estrechó diciendole cuanto sentía insidente tan desagradable! . . . Había triunfado la miseria humana!...

A poco rato, volvieron, Urbano, Máximo y Pereda, La Torre y Yacobsen, cuya llegada me satisfacía mucho por la fé que como á médico le tengo. Hi-



zo á Papá un examen minucioso, tuvieron consulta Pereda y él. Cuando Yacobsen examinaba a Papá, que lo recibió con mucho agrado, nos preguntaba mucho sobre el principio de la enfermedad de Papá, por eso había criticado yó y criticaré la conducta de Pereda que siquiera debió haber esperado que pasase aquella consulta para exigir que se omitiera á Henriquez, pues éste último fué el médico de cabecera de Papá desde el primer día, y debía poder decir los detalles ó manifestaciones de la enfermedad (científicamente) mejor que lo que él mismo explicara a Yacobsen.

Después de la consulta nos llamaron a la familia para decirnos que Papá tenía una infección, y que siempre quedaría sumamente delicado su organismo, aunque esperaban combatir el mal. Ya comprendimos con ésto que Papá estaba casi desahuciado ó por completo. Pero siempre las esperanzas nos alentaban a unos y á otros. Al otro día temprano salió para su residencia de la Habana el Dr. Yacobsen — quedando Papá con la asistencia médica de Pereda. El 20 de Mayo tuvo Papá una mejoría, también antes había tenido mejorías y volvía a recaer, así fué su enfermedad hasta el final. Pereda estuvo unos días; lo dió por salvado, recibió felicitaciones y telegramas conceptuándolo como el salvador del General Gómez. Después lo dejó al cuidado de los médicos Guimera y Martines y él regresó a la Habana por tener allí operados á su cuidado. Todos los días tanto los médicos que quedaron en su lugar como Urbano, le ponían al corriente del estado de Papá, que llegó á pasar días sin fiebre, esto es le faltaba un día y volvían, le faltaba otro y volvían. En esa alternativa los médicos opinaban cambiarle de domicilio. Se fueron a ver varios lugares á ver si había uno a propósito, pero entonces viendo que aún seguía mal determinamos Mamá y los muchachos traerle lo mas pronto a la Habana donde había más recursos para su asistencia. Mamá al fin convenció a Papá de que mejor estaría en la Habana, él nó quería salir de allí enfermo, por fin cedió y dijo: bueno llevenme al Vedado. Aprovechando su mejoría para mudarlo salió Urbano para la Habana á buscar una Quinta con todas las condiciones higiénicas para el enfermo. Mudó Urbano a tía y la casa entera ayudado por Lupita, Encarnita Amelia, y varios amigos más á la Quinta del Vedado. Volvió á Sgo. de Cuba acompañado del Dr. Pereda; llegaron en el tren de las diez de la noche, es decir un tren con todas las comodidades teníamos allí nada más para embarcar á Papá con nosotros — cedido por Silveira. Esa noche estaba Papá muy grave y vacilavamos la familia y los médicos, si podríamos embarcarlo por la mañana. La infección atacaba a los intestinos. Por la mañana estuvo mejor y nos

embarcamos para la Habana el día 7 de junio a las doce.

Aquel viaje fué atroz. Se iba parando por el camino cuando pasaba aquellos descensos tan horribles. Que angustia!! . . .

Aquella mañana del día que llegamos á la Habana, yo estaba allí á su lado y llamandome me dijo: ¡Ay hija mia! . . . tu padre se muere, llevas un cadáver! . . . Nó Papá le dije, mira és que tu estás muy nervioso. Una lágrima resbalaba por su mejilla y yó tuve que oprimirme el corazón para nó prorrumpir en sollozos. Lo besé y nó sé como podíamos sostenernos. Llegamos a la Habana de doce a una del día. En aquel casón donde yá estaba tía y llena de amigos silenciosos lo llevamos á su cuarto. En silla lo bajamos del tren al coche y vestido de pantalón oscuro, saco blanco y su gorrita blanca, saludaba con ella á los amigos. Aquel espíritu nó se doblegó nunca! . . . La misma muerte, como que le respetaba! . . .

Y siguió grave Papá. Aquellas noches eran horribles, y el 13 de junio una esperanza nos iluminó: le ayudamos a levantarse y paseó por el cuarto y el salón que habíamos hecho uno, incomunicandolo de las gentes y de los demás cuartos; y quiso pasearse agarrado del brazo de Andresito que habia llegado á tiempo de los E. Unidos del Norte. (Pensilvania) La inflamación al higado se notaba más floja, y el enfermo tenía mejor semblante. Dos ó tres amigos habian ido a recibir a Andrés al muelle, y cuando estuvo en la casa se quedó en el comedor, y fuimos preparando poco a poco a Papá diciendole: Papá, ya Andrés llegó, y está en el muelle, yá tomó coche para acá, y así sucesivamente, y á cada un aviso cariñoso de éstos, se sonreía como iluminado por el amor de Padre. Quiso que lo sentaran en un sillón para esperar a Andrés, y así lo abrazó conmovido. Débo consignar aquí, la junta de médico que se hizo de los mejores científicos, en la Habana, allí en la casa del Vedado, y que teniendo la misma opinión que Pereda médico de cabecera, declararon el caso perdido. Papá lo comprendió así. Aquél espíritu tenía la virtud de leer la conciencia en los ojos y semblante de que se le presentaría. Nadie podía engañarle! . . .

Vamos á explicar aquí de qué manera se aceptó por Mamá y mis hermanos la cuestión de las dos enfermeras que velaban a nuestro lado, una de ellas por la noche y otra por él día. Cuando llegó Pereda á Sgo de Cuba, dijo á Urbano que él sabia que nosotros asistíamos a Papá, pero que se necesitaban dos enfermeras que alternaran de día y de noche por cuestión científicas, como las inyecciones, las pulsaciones y otras cosas que surgían y necesitaban de conocimientos científicos y como éstas son mujeres recibidas por



sus estudios en la materia, se hacían indispensable allí. Lo aceptó mi familia, y tanto en Sgo de Cuba como en el Vedado, y en el trén siempre había una de éstas señoritas, ayudándonos á asistir á Papá. Esto me lacerará siempre el alma... y no quiero que nadie lo sepa por que no levante mas rencillas. Sólo sobre el corazón de un amigo verdadero puedo llorar mis pesares. A Papá le disgustó la cuestión de las enfermeras; quizás pensó como yo, que aunque todos, día y noche estábamos atendiendo, todo se lo hacíamos entre todos, Mamá a la cabecera, quizás pensó repito, no debían manos extrañas estar sobre su lecho. No dijo nada pero lo demostraba ¡Ay Dios mío! cuanto me hace sufrir esto...! Si se me hubiera oído!!!...

Otra cosa, la ausencia del Dr. Henriquez á quien él estimaba de verdad lo hizo sufrir, preguntaba a menudo por él, llamó á tío Manuel y le preguntó, y por último a su amigo Jaime Vidal —Dominicano residente en Sgo de Cuba á quien Papá distinguía mucho. Una vez dijo: ó muerto o vivo yo hubiera querido con Henriquez! Tanto Jaime, Mamá, Tío Manuel y yo cuando hablaba del Dr. Henriquez le hablabamos evasivamente, diciéndole que estaba con otros enfermos ocupado. Ay!... yo no podía, en aquellos últimos momentos de mi Padre, angustiarme más, diciéndole la injusticia cometida por los suyos con un hombre como el Dr. Henriquez, cuya asistencia con Papá fué la de un hijo. Pero él lo comprendía todo. Jaime le dijo: "No se preocupe General, usted sabe que Henriquez es su amigo siempre, trate de estar tranquilo para verlo" pronto bueno y estar todos contentos". Una vez en el Vedado, Papá no volvió a hablar del asunto. Aquel gran corazón, antes de dejar de palpar miraba con gran ternura a las enfermeras. "Cuidenme mucho esas muchachas nos dijo, y, un día hablando conmigo me dijo: "Si se habrán resentido conmigo? ... No quiero aparecer injusto".

Al otro día de la llegada de Andrés, Papá siguió agravandose, ya se le inflamaron los piés y la cara; la inflamación del hígado seguía su curso y muy dolorido, ya no podía casi levantarse, pero siempre pidió otra vez más, caminar por el cuarto, y sentarse junto á la ventana de rejas que daba a la parte del jardín. Y allí estuvo un rato, nosotros á su lado, como si admirara por última vez los capullos verdes de las flores de junio que se abrían á la vida, mientras la existencia suya decaía como queriendo exsalar en los días de perfumes y flores, en la Naturaleza hermosa, que su corazón amante de todo lo bello tanto había amado y admirado.

Lo acostamos, y ya no pudo levantarse más; y aún nó era anciano, su cuerpo estaba fuerte y hermo-

so, su mirada brillante y subyugadora, aun conservaba esa chispa del amor y del genio que nó muere, Aquel semblante tan hermoso, nó lo contrajo ni aún el hielo de la muerte!... Su cerebro se mantuvo siempre firme y sólo dos días antes de expirar en algunos momentos nó podía conciliar las ideas con facilidad, y la palabra por el peso de la lengua era torpe por instantes. El día antes de morir dijo: "Vengan mis hijos todos"... Yó me muero, mucha unión" y todos lo abrazamos; el mismo nos consolaba. Que lucha interna!... Dios mío!... Nosotros le decíamos ocultando nuestras lágrimas. No Papá, si tu estás mejor!... Pero Ay! sabemos que ya estaba herido de muerte!... El día antes de morir, sentado la última vez en su sillón, dijo a sus amigos, "Qué dichoso soy" mis hijos valen lo que pesan!... y se sonreía con esa sonrisa de satisfacción del que muere sin anhelar nada más; del que muere habiendolo hecho todo, y habiendo realizado todo lo grande anhelado!... Su compañera... sus hijos!... sus amigos!... Su Patria entera!... todos amantes y agradecidos allí besándole, adorándole!... Y esa noche la pasó inquieto, y nó dormía ni un momento, dos días antes de morir. Entonces yo me arrodillé ante mi Dios y mi Virgen María, y en un rincón en aquella alcoba impregnada de muerte, crucé las manos sobre el pecho, y exclamé ¡Dios Mío! Virgen pura!... por última vez déjame, déjame!... pero si es tu voluntad, cumplase!... pero no me lo dejes agonizar!... que se tranquilice, que no sufra!... Piedad Dios mío!... Piedad! Y de allí junto a Dios, me levanté mas consolada; serían las seis de la tarde del día 16 de junio.

A las dos de la madrugada Papá empezó a dejar aquel delirio y se tranquilizó. Mis súplicas las había oído el Todo Poderoso!... Yó le dije a Lupita: Papá se nos muere mañana á esta hora de la madrugada y lloramos abrazadas allá en un último cuarto. Era la una en punto. Al otro día por la mañana llamó a Mamá: Nó te he dicho nada le dijo, y le acercó su boca a la suya y mucho, mucho, la besó como un loco enamorado de un alma. ¡Adiós!... le dijo, y agregó: Todo lo mío es tuyo". Mamá le daba esperanzas, lo besaba con su ternura de Santa, y lloraba sin que él lo notara. A Margarita fijándose en ella, antes le había dicho: Margarita, nó me olvides!... A Urbano, mirando que estaba triste le dijo: "Urbano porqué estás triste? ... todavía, todavía no me muero!... A mí su Clemencia, me miró con ésa mirada que nunca volveré a recibir y me dijo: "Clemencita, Clemencita, Ay!!... mi hija!!..."

Eran las seis más cinco, y ya se entraban los amigos en la alcoba; todos rodeabamos el lecho adorado; Urbano le daba la leche, él nó creía que Papá estaba próximo al último suspiro, yo sujetaba la co-



pa; otra cucharadita Papá, decía Urbano, y le daba la leche. Yo no sabía como decirle á Urbano que no le diera más. Si dijo y tomó otra; Otra, dijo Urbano, y la tomó. ¡No más! . . . dijo Papá y se viró como el que se va a dormir, y mientras yo puse la copa en la mesa, oí un suspiro; el médico (dos el Dr. Pereda y Ortega eran los que asistían a Papá) ó mejor dicho los dos médicos se apresuraron tomaron el pulso y el corazón. Yo fui tomé las velas que ya tenía preparadas y me arrodillé. La oración de Papá dije: y encendiendo la primera vela que era la que había alumbrado los restos de mi hermano Pancho en Cacalñal cuando se exumaron, empecé (todos se arrodillaron) á rezar aquella oración Santa que él, Papá, escribió para nosotros y nos enseñó en el regazo de Mamá a rezar todas las noches, cuando eramos niños y nos dormíamos con un beso suyo! . . . Al repetirla por segunda vez, ya el médico dijo aquella sentencia terrible, y salió sollozante: "Ha muerto el General Gómez! . . . Entonces yo no sé lo que pasó! . . . Yo besé, si besé mucho los pies de Papá adorado que aún los sentí calientes. Pero ya Papá no me respondía, ni me oía, ni me besaba! . . . Ya estaba sola! . . . sola! . . . sin mi Papá! . . . Gracias que me queda el tesoro de mi madre! . . . gracias Dios mío! . . . gracias. Nosotros estuvimos con Papá hasta su último momento, lo prendimos y lo besamos por última vez. Cuando expiró, quedó como dormido, una sonrisa vagaba por sus labios amorosos, y un rayo de sol, el último de la tarde se posaba en la blanca muselina de su pabellón. Eran las seis de la tarde. Y el gran Astro del día acudía á la última cita de otro grande Astro que se hundía para siempre, después de haber iluminado muchas almas! . . . Y empezaba el perfume de las flores que velan de noche, y moría tu flor que dura una alborada, y corrían muchos besos y muchas lágrimas sobre los restos que albergaron aque!

Genio! . . . aquel gran Espíritu! . . . y aquel conjunto de amores de lágrimas, de luz, y de flores despedían por vez última un alma que solo supo de grandezas y de amor. Así murió él que me dió un alma para que pudiera llevarla digna de su memoria!, así, con la sonrisa del que se duerme después de haber cumplido con sus deberes, se durmió para siempre el corazón que más me amó en éste mundo! . . .

Guarda en tu corazón éstas páginas tomadas del corazón que ha derramado lágrimas sobre ellas. La mano se abreviaba por seguir los latidos de mi cerebro y mi corazón que no alcanzaba, y por eso los signos casi no pueden conocerse en su forma, pero tú que comprendes mi alma, también los comprenderás. Guarda mis líneas sin hablar de ellas á nadie más que á la santidad de tu hogar. Tu madre, tu Esposa, tus hijos y tu familia más cara. Si alguna vez nos encontramos, alguno de los tuyos junto á mí, lloraremos juntos sobre la loza que guarda la felicidad mayor, que supo amarme en esta vida. Mi Padre amado! . . . mi Papá! . . .

Gracias al Cielo que me queda mi Santa Madre! . . . Gracias Dios mío! . . .

*Ma. Clemencia Gómez Toro**

Respecto á los telegramas, resultó ser la inversión de éstos lo que causaba la equivocación. Fueron los dós puestos por Urbano.

(1) No quiero consignar aquí su nombre).

* El original de esta carta, cuya ortografía se ha respetado, nos fué facilitado por el joven Federico Juliao y González. Lo conserva hoy Leopoldo Cabreja Domenech.—V.A.D.

